

bien sé yo que el que te halle
será tuyo y te amará
desde la vida a la muerte».

De ahí, de esta actitud hacia la poesía, el título de su antología final: *Íntima convicción*. Lo dice también en el prólogo: Son «poemas que sólo he escrito para mí, en la íntima convicción de que nadie puede llegar a sentirlos como su propio autor». Aquí, la «inmensa minoría» de Juan Ramón Jiménez se queda aún más chica: para nadie más, sólo la «inmensa minoría» del propio creador del poema. Porque, dice Sandoval, «cada poeta tiene su Poesía peculiar, a su medida, y no la cambiaría por ninguna otra, aunque la pueda admirar, porque se sentiría extraño. Es la suya, la nacida de sus vivencias, de sus avatares, la que le debe ir ligada, y es tan intransferible como lo pueden ser los propios hijos, como quiera que sea su condición». En otro momento de su libro dice: «Yo he vivido mis versos y después los he escrito. No he tenido que inventarme nada». ¡Pero qué maravilloso debe haber sido vivir cosas como éstas, «sin inventarse» nada!:

«Esta mañana, triste y desvalido,
volví a abrir la ventana
para mirar a mi jardín florido.

Al sol pleno, los pájaros, el nido,
todo cantaba fuera.

Y entonces gritó el alma en un gemido:
—¡Hágase en mí también la Primavera!

Volví a mirar, por si brotado hubiera
la rosa que esperaba el alma mía.

¡Se hizo el milagro! Aquella rosa era
la suya, que apuntada la sentía.

¡Ya quiso Dios que en mi alma floreciera
esta rosa de pena y de alegría!»

Fiel a su promesa, «Poesía, religión mía»... «yo no he de coartar conciencias a nadie, con esta espada que tú me diste a mí solo», no fue un poeta beligerante durante la guerra ni durante la posguerra. Otro claro ejemplar, manifiesto, estremecedor, de «la poesía del silencio», pero ahora por una «íntima convicción». Por ello no escribe ningún verso desde 1936 hasta 1952, y en 1969, en la revista *Feria* reflexiona sobre esta terrible inactividad poética:

«Se me fue la palabra. Se me ha ido